

EL VATICANO II DESDE AMÉRICA LATINA

El Vaticano II desde América Latina. Vida nueva, n. 1501 (1985) 23-30

La gran novedad de la iglesia y la teología en América Latina no se explica sólo por el concilio Vaticano II; el dolor y la esperanza de millones de seres humanos, las incipientes reflexiones (después denominadas teología de la liberación), los movimientos populares y de comunidades habían preparado el terreno. Pero es verdad que fue también la semilla conciliar la que posibilitó que de esa tierra surgiera una iglesia de los pobres con todos sus frutos de solidaridad, compromiso por la libertad y testimonio martirial.

Por una parte, se debe admitir que el concilio fue fundamentalmente europeo y no tuvo como horizonte explícito la realidad del tercer mundo; están ausentes de él temas teológicos tan latinoamericanos como la profecía, el Jesús liberador, el Dios de la vida, las comunidades de base, la persecución y el martirio; y la temática de los pobres sólo es brevemente aludida en "Lumen gentium, 8". Pero al mismo tiempo sigue siendo verdad que el concilio fue fundamental para Medellín y la iglesia latinoamericana.

LA IMPORTANCIA DEL VATICANO II PARA AMÉRICA LATINA

Recuperación de la creaturidad creyente

Lo más importante que hizo el concilio fue recuperar la "creaturidad creyente" de la iglesia antes de determinar su identidad y misión: la iglesia se consideró como creatura en el mundo, corresponsable de su pecado y de su esperanza, y desde ahí se volvió a poner delante de Dios. En *Gaudium et spes* (= GS) se afirma que la iglesia tiene que estar en el mundo y llegarlo a conocer tal cual es, si es que quiere llevar a cabo honradamente su misión. Después de muchos siglos de un supuesto saber lo que es el mundo y de juzgarlo como opuesto, la iglesia confiesa la necesidad absoluta de escrutarlo para poder actuar (y ser) correctamente (GS, 4). Esto supone la humildad del aprendizaje, el fin del triunfalismo y de la división maniquea iglesia-mundo; supone que la iglesia debe retrotraerse a la humanidad y a la historia y nunca abdicar de ellas, como si su fe la pusiera más allá de ellas.

Así la iglesia se situó sobre la base de la hermandad fundamental de todos los hombres. Esto la obligó a escuchar serios cuestionamientos y exigencias, y a reconocer su propio pecado creatural. Pero le devolvió también el gozo de la comunión, de saberse "humanidad", de no comprenderse como secta, desde la distancia, la oposición y la negación de la fraternidad.

El Dios Mayor

En ese mundo real, la iglesia se preguntó por Dios. Lo analizo más técnicamente en *Dei verbum* (- DV) afirmando que ni la iglesia como totalidad ni su magisterio "están por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio" (DV, 10) y, de manera más novedosa y radical en GS, dice que la iglesia, a pesar de poseer el depósito de la revelación, necesita seguir escuchando a Dios, discerniendo los signos de su presencia en los

acontecimientos, exigencias y deseos de los hombres. Esto vuelve a hacer de la iglesia un "oyente de la Palabra", necesitada de escuchar al Dios siempre mayor que todo y que ella misma. De ahí que la fe se vuelva a expresar como obediencia, como activo salir al encuentro de la palabra de Dios (*ob-audire*) en la historia, como entrega total a Dios. Una fe que, además, es relevante para la fe de los otros, ya que del no haberla vivido así ha dependido bastante el ateísmo moderno.

La iglesia-fraternidad

En el mundo y ante Dios, el concilio descubrió lo que es la iglesia:

-hacia fuera: "sacramento de salvación" (LG, 1-8), misión que se concreta en la GS de una forma que supone una revolución eclesiológica ya que define la identidad de la iglesia desde la misión y no a la inversa, afirma que está para servir y no para ser servida y que su misión es la salvación en su totalidad y no sólo una parte de ella. Esto exige que la iglesia se haga mundanal, viviendo y actuando en la historia, pero sin ser mundana, no configurándose según los valores del mundo. También propone el criterio para medir su pecado y su santidad: superar su tendencia a hacerse servir, a absolutizarse y deshacerse más bien para la salvación de todos. Así la iglesia es buena noticia en continuidad con Jesús.

-hacia dentro: "pueblo de Dios" (LG, 9-17), antes de cualquier diferenciación de carismas y ministerios. Con ello se indica su historicidad, su peregrinación a través de la historia, su posibilidad de tentación y de fidelidad, haciéndose así compañera de todos los hombres. También se indican las relaciones de fraternidad que deben darse en ese pueblo. Esto supone el fin del autoritarismo como forma de proceder y como concepción según la cual es la jerarquía la que crea la fe, la esperanza y la caridad de la iglesia, cuando es todo el pueblo de Dios quien las crea.

Honradez y esperanza

Estos contenidos mínimos, pero fundamentales, fueron recogidos y asumidos con gratitud en América Latina, porque suponían el desbloqueo de una situación eclesial insostenible por el distanciamiento entre iglesia y mundo actual e iglesia y evangelio. Había que volver a lo fundamental: una iglesia que trajese la salvación -liberación se dirá después- y que fuese fraterna - solidaria con los pobres se añadirá después.

El espíritu del Concilio facilitó la recepción al crear un ambiente de verdadera comunión entre iglesias distintas. De este espíritu subrayamos:

- *la honradez* como actitud de conocimiento y reconocimiento de la verdad sobre el mundo y sobre la misma iglesia. La honradez de rechazar y rehacer esquemas previos, de reconocer el pecado de la iglesia y de releer desde el evangelio la propia historia y tradición; esto la hizo "consecuentemente" tradicional, no colocando el origen de la tradición en el Vaticano 1 o en Trento, sino en Jesús de Nazaret.

- *el espíritu de creatividad y de esperanza:* el mismo hecho del Concilio mostró que el evangelio no es sólo algo para ser mantenido en depósito, sino puesto a producir, que la

verdad redescubierta se traduce en nuevas y mejores prácticas eclesiales. El concilio se encontró con el evangelio en las manos y eso generó gran esperanza: podía dirigirse al mundo y ofrecerle una buena noticia. El miedo se convirtió en gozo y la apologética a la defensiva, en evangelio como buena noticia.

Acuse de recibo

En resumen, el Concilio fue bien recibido en América Latina, a pesar de que su óptica no fuese latinoamericana, por lo fundamental que dijo y por el espíritu con que lo dijo. Más aún, Medellín y lo que desencadenó son el ejemplo más importante de recepción del concilio. A diferencia del primer mundo, al que llegó con retraso de siglos, en América Latina llegó en el momento oportuno: La iglesia aún estaba a tiempo de introducirse en los movimientos de liberación, influirlos positivamente, potenciar la fe de los creyentes.

LA CONCRECIÓN LATINOAMERICANA: LA IGLESIA DE LOS POBRES

La mirada hacia el mundo

Medellín recibió el Concilio, concretando creativamente y desarrollando sus virtualidades. Fruto de todo ello fue la constitución de una iglesia de los pobres. A diferencia del moderado optimismo del Concilio, Medellín ve en el mundo la "misericordia que margina a grandes grupos humanos como hecho colectivo y verdadero pecado estructural; una injusticia que conspira contra la paz y es en sí misma "violencia institucionalizada" (Justicia, 1; Paz, 2). El Concilio exigió mirar al mundo y Medellín encontró una creación de Dios viciada -la extrema pobreza- y, como fruto del pecado -la injusticia-, vió en la existencia de un continente crucificado un signo de nuestros tiempos, "un sordo clamor que brota de millones de hombres pidiendo liberación, junto con un grito de esperanza en la emancipación total" (Medellín y obispos del Brasil).

Ir a los pobres

La iglesia lo primero que tiene que hacer es ir a este mundo de los pobres, oprimidos y crucificados. Ir para quedarse. En esto consiste la encarnación, primer paso de Jesús y de la iglesia, que supone una conversión radical, poner su centro en el mundo y en lo más fragante de éste; es solidaridad con los pobres, sintiendo en su carne la pobreza, la opresión y la represión; es cargar con -no sólo observar y juzgar desde fuera- el terrible pecado del mundo.

En ese mundo la iglesia no sólo conoció mejor al hombre al que hay que salvar (enfoque eclesiológico pastoral), sino que encontró a Dios como salvación y como luz (enfoque eclesiológico teológico). Volvió a resonar como texto clave Mt 25, el lugar de la presencia actual de Dios: "Ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres" (Puebla, 196); en ellos, Dios no sólo se muestra como protesta contra el pecado, sino también como evangelio, como presencia positiva. Así Puebla muestra "el potencial evangelizador de los pobres" (1147).

Allí donde menos pareciera estar, donde otros hombres encuentran el razonable pretexto para cuestionar a Dios, en América Latina se dice que se lo han encontrado. Cristo resucitado se ha vuelto a aparecer con las llagas del crucificado, del desnutrido, del torturado... Y si esto produce escándalo, no menos lo produce la acción de Dios que hace vivir en un crucificado.

La entrega de la fe

A esta manifestación de Dios en los pobres y oprimidos corresponde la fe como entrega total al Dios que quiere la vida de sus creaturas; una entrega no sólo dispuesta al *sacrificium intellectus*, sino también al *sacrificium vitae*, porque quien cree en el Dios de la vida será amenazado y perseguido por los dioses de la muerte. Es una fe dispuesta a la ortopraxis, porque para ser ortodoxos de ese y no de otro Dios es necesario corresponderle dando la vida. Una fe que no es sólo superación del ateísmo, sino también del instinto idolátrico y de la tendencia a la absolutización, que se manifiesta en el dar muerte al otro. Una fe que urge a la iglesia para que lo tenga que escuchar: " Por vuestra causa se blasfema el nombre de Dios entre las naciones".

A partir de ahí, la iglesia debe optar por los pobres y oprimidos y observar con ellos la misma actuación de Dios porque, teologalmente, "Dios toma su defensa y los ama... " cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren" (*Puebla, 1142*) y, cristológicamente, " su evangelio es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesucristo" (*ibíd*)

Iglesia pobre y de los pobres

La evangelización de los pobres es la misión por antonomasia de la iglesia, de acuerdo con Lc 4,18. En América Latina la expresión conciliar de la salvación se concreta como liberación. Ésta debe ser integral, como repiten Medellín y Puebla, por lo que incluye también la liberación histórica de la pobreza en sus mil formas de muerte como recogió la *Evangelii nuntiandi*. Sin anunciar también esta liberación, sería vano y aun blasfemo el anuncio de otra; la iglesia no tendría credibilidad para anunciar y trabajar por la plenitud de la salvación, siguiendo a Jesús que dijo "he venido a traer vida y vida en abundancia". Desde lo básico de la vida tiene que ofrecer la plenitud de la vida, pero sin aquélla, ni pastoral ni ética ni teologalmente podrá ofrecer ésta.

Y una iglesia que opta por los pobres debe convertirse en una iglesia de los pobres, haciéndolos su centro y principio inspirador. Son ellos, los pobres con espíritu (I. Ellacuría), los que la capacitan para ser hoy pueblo de Dios, los que unifican la pobreza material y el espíritu de las bienaventuranzas, connatural a esa pobreza, los que hacen crecer a la iglesia y la hacen mundanal pero no mundana, los que la re-inventan (L. Boff) desde abajo, desde las comunidades de base.

Esta iglesia de los pobres ha producido ya abundantes frutos: la unificación intraeclesial, la activa cooperación y relaciones fraternales entre obispos y campesinos, obreros y teólogos, religiosas y sacerdotes, cristianos de América Latina y del primer mundo, la creatividad pastoral, litúrgica, teológica y doctrinal.

Un continente cristiano

-La persecución y el martirio: la iglesia de América Latina es, desde el Concilio, la más martirizada. Como Jesús, ha caído bajo la amenaza de los grandes de este mundo. Esta persecución, por la defensa de Dios de la vida y de la vida que quiere Dios, es la señal de la verdadera iglesia. A la iglesia latinoamericana le ocurre lo que al pueblo latinoamericano y ésta es la muestra más elocuente de su encarnación y su solidaridad. La credibilidad ante los crucificados del continente le viene por añadidura. Con la persecución ha crecido la fe y a ella se han acercado los dubitantes y los antes desengañados de la iglesia.

- La latinoamericanización del evangelio y la evangelización del continente: por primera vez en mucho tiempo, evangelio y continente latinoamericano se remiten y potencian mutuamente; No hay que dejar de ser latinoamericano para ser cristiano. América Latina ya no es un continente cristianizado, sino cristiano y puede mostrarse como tal a otros.

EL VATICANO II Y MEDELLÍN ANTE EL SÍNODO DE OBISPOS

Esta es la concreción latinoamericana del concilio que ahora se ofrece a la iglesia universal reunida en sínodo. Habrá que evaluar sus límites y errores, que se han ido purificando aun antes de la crítica de sus opositores, pero sin olvidar lo radicalmente nuevo y cristiano. En América Latina existe preocupación y dolor ante la creciente involución. En Medellín la iglesia encontró, aun a costa de la vida, su identidad y relevancia en un continente creyente y crucificado. Tiene miedo de que eso sea puesto en cuestión. Existe además una preocupación objetiva grave: ¿Qué otra iglesia, que no sea la de los pobres, con los rasgos -sin adulterar- de Medellín, puede ser hoy fiel a Jesucristo y relevante para el mundo?. La iglesia de los pobres es cada vez más una necesidad para la realidad histórica de América Latina a la cual debe responder éticamente como cualquier grupo humano. Lo es para la fe en un Dios de la vida y el seguimiento de un Jesucristo liberador; pero lo es también para la misma iglesia, pues sólo esa iglesia posee credibilidad intrínseca suficiente para seguir activa e influyente - de forma cristiana- en la sociedad y garantizarse un futuro.

El decaimiento de la iglesia en Europa por no haber afrontado con honradez *las novedades y revoluciones de los últimos cuatro siglos, debe hacer reflexionar sobre si el mejor modo de evitar algo semejante en América Latina es mantener un orden y ambiente cristianos con el apoyo o connivencia de los poderes de este mundo o proseguir el camino evangélico propuesto por el Concilio y Medellín.

La iglesia de los pobres ofrece al sínodo sus yerros y limitaciones, para ser purificados, pero también y sobre todo su fe en el Dios de la vida y su abundante sangre martirial como muestra del seguimiento de Jesús. Y pide al sínodo aquel espíritu de honradez y esperanza del Concilio para que, como él, desencadene el entusiasmo y la dirección.

Extractó: MÁXIM MUÑOZ